

A MANERA DE EDITORIAL

En los próximos días, un grupo de empresarios hondureños serán invitados a Washington para sostener conversaciones con representantes del gobierno de los Estados Unidos de América.

Ni la calidad de los invitados ni el momento de la invitación son casuales. Tampoco es casual el motivo de las reuniones. Todo está relacionado con el golpe de Estado del domingo 28 de junio, sus resultados y consecuencias.

Los empresarios invitados han sido muy bien escogidos. Entre ellos están muchos de los que financiaron, alentaron y promovieron las acciones que culminaron en el fatídico golpe de Estado, que dio al traste con el régimen constitucional y desembocó en la expulsión ilegal y arbitraria hacia Costa Rica del Presidente de la República, Manuel Zelaya Rosales.

Son señores, señoras y señoritos que creen que el dinero lo puede todo, que sus fortunas les convierten en los dueños y dueñas del país, en amos todopoderosos de estas honduras. Son los integrantes de los grupos fácticos, de los núcleos del poder económico, que controlan a su antojo los hilos del sistema político e influyen y condicionan el funcionamiento del sistema de partidos.

En su condición de tales, estos empresarios llegarán a Washington para escuchar, entre ansiosos y humillados, el reclamo airado de los norteamericanos, el reproche colérico del gobierno estadounidense, que no les perdona ni les perdonará nunca haberlo metido en el incómodo lío de un golpe de Estado en su patio trasero.

Pero además de las recriminaciones de rigor, los empresarios golpistas escucharán también las advertencias, las amenazas veladas, los incómodos anuncios de nuevas sanciones, esta vez más rigurosas y drásticas.

Recibirán también discretos pero enérgicos consejos para que rectifiquen sus pasos, intenten corregir los errores cometidos y persuadan a los políticos intransigentes para que suelten ya el botín del Estado y permitan el retorno de la tranquilidad y la paz entre la población hondureña.

A su regreso al país, deberán decidir sobre lo que hay que hacer. No tendrán muchas alternativas. O persisten en su actitud golpista y desafiante, apoyando al señor Micheletti y su camarilla de políticos y funcionarios voraces, o, por el contrario, empiezan a alejarse discretamente del gobierno de facto y retiran su apoyo financiero y político al golpe de Estado.

En el primer caso, deberán prepararse para lo peor, para sufrir las consecuencias de medidas más severas y duras que repercutirán sobre sus vidas personales y, lo que es peor, sobre la viabilidad financiera de sus fortunas. En el segundo caso, podrán esperar al menos la indulgencia de Estados Unidos, el olvido futuro y, en la mejor de las situaciones, un perdón benevolente.

Micheletti y su camarilla también sabe lo que debe esperar. Los empresarios golpistas no serán sus aliados eternos. Ni siquiera son sus amigos reales. Sólo son sus patrocinadores coyunturales, que le han utilizado como un titiritero utiliza sus

monigotes y figurines para montar el espectáculo circense. Un espectáculo que, además de sainete, también se ha convertido en una verdadera tragedia nacional. El régimen usurpador se debilita cada día más y más. La Resistencia, en cambio, se fortalece y amplía. Esa es la dialéctica cotidiana de esta lamentable historia de empresarios ambiciosos, políticos voraces y militares golpistas, todos ellos personajes de fulgor escaso y visión reducida. Ojalá que la futura visita de los empresarios a Washington sirva, al menos, para que aprendan cuál es el costo social y la consecuencia política de financiar y apoyar golpes de Estado en el siglo XXI. Ojalá ¡